ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

LA PIEL DEL DIABLO

OPERETA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FEDERICO JAQUES

MÚSICA DEL MAESTRO

RUPERTO CHAPI



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1897

LA PIEL DEL DIABLO

LA PIEL DEL DIABLO

OPERETA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FEDERICO JAQUES

música del maestro

RUPERTO CHAPÍ

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA, de Madrid, la noche del 10 de Diciembre de 1897



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1897

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
FERNANDO	SRTA.	PRETEL.
TERESA		MIRALLES.
ROBUSTIANA	SRA.	MEJÍA.
EL TÍO JUAN	SR.	RIQUELME.
EL SEÑOR FIDEL		OREJÓN (EMILIO).
EL SARGENTO ZARZAL		HIDALGO (RAMÓN).
ANTÓN		ORTAS (HIJO).
EL CABO GARCÍA		N.
UN TAMBOR		N.

Aldeanas, Aldeanos y Soldados

La acción en Balsain (Segovia) en el año 1795

Derecha é izquierda las del actor

ACTO ÚNICO

Agreste paisaje en Balsaín (Segovia). A la derecha, primer término, un cobertizo que lo forma un emparrado y está unido al costado de la casa del molinero. Esta á continuación con fachada á la escena y puerta practicable. A poco más de dos metros de altura una ventana también practicable. Delante y adosada á la tapia de la casa, una parra con grueso tronco, por el cual pueda ser escalada la ventana. Dentro del cobertizo, en la pared de la casa y á un metro de altura, otra ventana á la que ha de asomarse una persona. En el foro derecha un molino, movido por caída de agua que de izquierda á derecha cruza la escena por el fondo. En el frente del molino puerta practicable. En el foro izquierda, desde el fondo hasta la altura del emplazamiento del molino una vereda practicable con un puente para atravesar la presa de molino. Al final de la vereda una roca que sirve de asiento. A lado de ésta una fuente rústica con caño de agua corriente. A la izquierda arboleda. Dentro del cobertizo una mesa rústica y algunos taburetes de madera.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se oye el ruido del molino. ALDEANOS y ALDEANAS, con sacos de trigo, bajan por el camino que conduce al molino

Música

CORO
Con el pan nuestro de cada día
conque el trabajo nos premia Dios,
vamos á cuestas hacia el molino,
porque los pobres con el sudor

el pan amasan mientras la harina
de la molienda no les faltó.
Entre los diezmos y otras gabelas
nos queda apenas para comer;
lo que salvamos de la cosecha
todo el molino lo ha de moler.

ALDEANOS (A las Aldeanas.)
Dame el trigo, vida mía,
y te haré yo la molienda
porque á tí, si te descuidas,
puede cogerte la rueda.

ALDEANAS No me asusta á mí el molino,
ni la rueda me da miedo,
ni me pidas á mí el trigo
porque tú no has de molerlo.

ALDEANOS Deja, al menos, que te ayude.

ALDEANAS No hace falta el ayudante.

ALDEANOS Vamos juntos por si es caso.

ALDEANAS Echa á andar tú por delante.

—

ALDEANOS No me esquives, niña,
que yo con buen fin
metido en harina
me quedo por tí.
Déjame, que el grano
moler quiero yo,
luego amasaremos
la harina los dos.

ALDEANAS Lo que tú me digas
no lo he de creer;
metido en harina
te quiero yo ver.
Porque tus palabras
me suenan igual
que el ruido del agua
que pronto se va.

ALDEANOS Sin ruido, el molino
no puede moler.

ALDEANAS Metido en harina
te quiero yo ver

—

ALDEANOS Ese ruido de la rueda,
ese eterno triqui-tró,

es lo mismo que en mi pecho
hace siempre el corazón,
que se mueve solamente
al impulso de tu amor.

ALDEANAS Ese ruido de la rueda,
ese eterno triqui-tró,
es el ruido que hace el agua
que á sonar nunca volvió
cuando pasa del molino
y se olvida el triqui-tró.

—

ALDEANOS Escucha ese ruido,
escucha mi amor,
y escucha en mi pecho
el triqui-triqui-tró,
triqui-triqui-tró,
trí-tró-trí-tró.

ALDEANAS Si escucho ese ruido
tan solo oigo yo
como hace la rueda
triqui-triqui-tró,
triqui-triqui-tró,
trí-tró-trí-tró. (Entran todos en el molino.)

ESCENA II

FIDEL en traje de chupa y casaca de paño raído sale por el camino de la aldea

Hablado

FID. ¡Hermosa soledad, dulce reposo
que el campo brinda al que de amor padece!
Yo te saludo, nido prodigioso,
donde el amor germina, nace y crece.
¡Ah, qué hermosos tiempos aquellos de las costumbres pastoriles! Si yo en vez de maestro de escuela y sacristán fuese Démophon y mi Robustiana la hermosa Phylis, me bastaría la cinta de plata del límpido arroyuelo, las perlas del rocío, los rubíes y el nácar del alba pudorosa y los rayos de oro del

rubicundo Febo, para mostrarme espléndido y colmar de regalos al ángel de mis amores. ¡Ah, desdichado el que en la edad de hierro vivir no pudo, por no haber nacido! Ni entonces hubiera sido yo bachiller por Salamanca, ni tendría Robustiana los seis mil duros que han de librarme de la educación de los becerros que mis convecinos envían á la escuela. (Robustiana sale de la casa y, al ver á Fidel, queda en la puerta afectando ridículo pudor y timidez.)

ESCENA III

FIDEL y ROBUSTIANA

ROB. (¡Mi Fidel! ¡Qué vergüenza!)

FID. (Allí está mi tormento. ¡Qué inocencia y qué candor! (Se acerca á ella.)

Música

¡Salve, divina criatura! (Con mucho énfasis
¡Salve, tesoro de amor!
¡Salve, prodigio de hermosura!
¡Salve, riquísima flor!
Rosa purísima y temprana,
Dios guarde tanta beldad,
y oye á Fidel que á Robustiana
Salutem pluriman dat.

ROB. Buenos días, don Fidel.
No se burle usted de mí.
FID. Cuanto digo es eco fiel
de mi modo de sentir.
ROB. Tanto elogio me avergüenza.
FID. Yo reflejo la verdad.
Es usted la diosa Venus.
ROB. ¡Ay, Jesús! ¡Qué atrocidad!
FID. (Hoy la digo que la adoro,
y su mano pido yo.)
ROB. (Me parece que hoy se atreve.)
FID. Oiga usted mi confesión.

—

Robustiana encantadora,
ya no puedo sufrir más.
Yo te adoro como adora
el sediento al manantial.
El amor que tengo es mucho,
y olvidarte no podré,
porque solamente escucho
Robustiana por do quier.
Robustiana dice el alba,
Robustiana dice el sol,
el arroyo, Robustiana,
Robustiana el ruiseñor;
Robustiana el aura suave,
Robustiana el aquilón,
Robustiana dice el ave,
Robustiana oigo á la flor,
Robustiana, Robustiana,
Robustiana es mi pasión.

—

ROB. Si de ese modo me quieres,
no puedo yo ser cruel.
Si tú eres de Robustiana
yo juro ser de Fidel.

FID. ¿Me otorgas tu mano?

ROB. La mano y el alma.

FID. Seré yo tu esclavo.

ROB. Seré yo tu esclava.

—

LOS DOS

Seremos felices,
seremos dichosos,
seremos modelo,
modelo de esposos.
Y el manso arroyuelo,
la brisa suave,
las flores, el viento,
los trinos del ave,
y el monte y el prado
y el alba y el sol,
serán pregoneros
de tanta pasión.

Hablado

FID. Sí, Robustiana mía, tan grande es el amor que has sabido inspirarme, que, dormido ó despierto, en la escuela ó el concejo, en la iglesia y el hogar, en el valle y en el soto, en el prado y la montaña, no escucho, desde que te conocí, otro sonido que el de tu nombre. ¡Robustiana! ¡Oh, qué celestial armonía!

ROB. También á mí hace mucho tiempo que me zumbaba el nombre de Fidel.

FID. Hemos nacido el uno para el otro. El amor nos une para siempre. Sólo falta, para completar nuestra dicha, el consentimiento de tu hermano y la bendición del cura.

ROB. Eso lo tendremos cuando quieras.

FID. Ojalá pudiera yo tener lo mismo, la fortuna que no tengo, para darte el esplendor de una reina.

ROB. No te apures por eso. Con seis mil duros que me corresponden de la herencia de mis padres, ya tendremos nido para nuestros amores.

FID. ¡Oh, sí, Robustiana mía! Yo te llevaré al nido.

ROB. ¿Por qué no me has llevado antes?

FID. Porque no sabía que lo tenías hecho.

ROB. ¡Cuántas veces he sospechado que no era por mí por quien rondabas la casa.

FID. ¿Por quién había de ser?

ROB. Por mi sobrina Teresa.

FID. ¡Ingrata! ¡No comprendías que á mis ojos solamente el brillo de tu amante nido llegaba!

ROB. Perdóname. Los celos tal vez...

FID. ¡Celos tú! ¡Celos la Casta Diva de estas montañas!

ROB. Como la rapaza es tan loca...

FID. Ella no piensa más que en ese maldito forastero. Ese rapaz á quien llaman en el pueblo, con mucha razón, la piel del diablo.

ROB. Mi hermano Juan no le puede ver, y que

verle tiene todos los días abrazando á esa descastada. Hija al fin de su padre.

FID. De tu hermano Anselmo.

ROB. Sí, de mi hermano Anselmo, que nunca se acordó de los molineros de Balsaín. A servir al rey marchó, y en la corte quedose después. Allí aprendió el oficio de diamantista, casose con una señorona y luego que perdió, no sé cómo, todo lo que tenían, se le murió la mujer y le quedó una hija. Por San Juan fué el señor cura á Madrid y allí encontró tan enfermo á mi hermano que pocos días vivió. Teresa quedose pobre y sola, y el señor cura acá nos la trajo para nuestro tormento.

FID. Y para el mío. Al maldito rapaz que la corteja, aquí lo encuentro muchas veces, y siempre ha pretendido burlarse de mí. Por eso le tengo mala voluntad, y cuando menos lo piense le pego un tiro que lo dejo seco.

ROB. ¡No te comprometas tú, Fidel mío!

FID. ¿Comprometerme yo? ¡Quiá! Por eso le quiero dejar seco de un tiro, para que no me comprometa.

ROB. Me asusta la idea de perderte.

FID. ¿Perderme, cuando encontré lo que buscaba? No lo temas. Ahora mismo voy á ponerme el traje de ceremonia, y en seguida vengo á pedir á tu hermano el consentimiento para nuestra boda.

ROB. ¡Ay, sí; no retrases nuestra dicha!

FID. Voy á buscarla. ¡Adiós, mi vida!

ROB. ¡Mi amor te acompaña!

FID. ¡En el alma lo llevo!

ROB. No me olvides.

FID. ¡Cómo olvidarte, si la Naturaleza toda me está diciendo sin cesar: ¡Robustiana! ¡Robustiana! ¡Robustiana! (Echándose besos con las manos, se van los dos, Fidel por la izquierda, y Robustiana entra en la casa. En lo alto del camino de la montaña aparece Fernando.)

ESCENA IV

FERNANDO en traje de aldeano rico de la provincia de Segovia con escopeta y arreos de caza, baja cantando por el camino de la montaña.

Música

Entre jarales y breñas
paso en el monte la vida.
Cuando me aflige la pena
vengo á buscar la alegría.
Para llegar al molino
nunca se acaba el atajo;
para dejar estos sitios,
busco el camino más largo.
Hallo en el monte la caza,
calmo la sed en la fuente;
pero la dicha del alma,
sólo, mi bien, darme puede.

—

Vivo en el monte,
soy cazador;
pero al reclamo
vengo de amor.
Es mi Teresa
sol del Edén.
ella es mi encanto,
mi dulce bien
Sólo por ella
vine yo aquí,
sólo por ella
viérame así.

ESCENA V

FERNANDO y TERESA, que aparece en la ventana de la casa que da frente á la escena.

TER ¡Mi Fernando!
FERN. (Acercándose á la casa.) ¡Gloria mía,
á mis brazos ven, por Dios!

TER. Hoy no puedo, que mi tía
bajo llave me dejó.

FERN. A esa vieja renegada
y horrorosa, cual no hay dos,
si la envidia la requema,
yo la juro, por quien soy,
que en la presa del molino
la he de dar un chapuzón.

TER. Si me empuja hasta tus brazos
el impulso del amor,
por la envidia de mi tía,
que no tiene corazón,
de tus brazos separada,
una llave nos dejó.

FERN. Para el amor no hay cerrojos.

TER. Pero los hay para mí.

FERN. Sabe romperlos quien ama.

TER. Yo, no he podido.

FERN. Yo, sí.

(*Escala la ventana, valiéndose para ello del tronco de la parra.*)

TER. ¿Qué estás haciendo?

FERN. El camino
para llegar hasta ti.

TER. Si nos sorprende mi tío,
de nuestro amor es el fin.

FERN. Aunque tu tío viniera,
y le ayudase Luzbel,
no ha de impedir que en mis brazos
logre estrechar á mi bien.

(*Sube á la ventana, y se abrazan.*)

LOS DOS Contra el pecho, en que palpita
el amante corazón,
de este modo, vida mía,
estrecharte quiero yo.
Esa luz que hay en tus ojos,
de esa llama el resplandor,
es reflejo que, del alma,
lleva el fuego del amor.
A tu lado solamente
hallo la felicidad;
de tus brazos, ni la muerte
separarme logrará.

(*Juan aparece en la puerta del molino, y al ver á Fernando y á Teresa en la ventana, corre hacia la casa.*)

ESCENA VI

DICHOS y JUAN

Hablado

JUAN — Aguarda, aguarda ahí, salteador de viviendas, galopín, burlador de muchachas...

FERN. — (En la ventana.) Burlador de tíos imbéciles, querrá usted decir.

JUAN — Baja, baja, ó ¡vive Dios! que voy por la escopeta y te descerrajo un tiro.

FERN. — ¡Já, já, já!

JUAN — ¡Teresa! ¡Condenada, cierra, cierra esa ventana!

FERN. — Está usted servido, tío Juan. (Entrando en la casa y cerrando la ventana.)

JUAN — ¡Ave María Purísima! ¡Robustiana! ¡Robustiana! (Asustado y gritando se va rápidamente por la puerta de la casa.)

ESCENA VII

FERNANDO, TERESA, luego JUAN. Fernando abre la ventana y aparece con Teresa en ella, riéndose ambos.

FERN. — ¡Já, já, já, já! El molinero parece que ha visto al diablo.

TER. — Por él te toma.

FERN. — Que más quisiera Luzbel que subir á la gloria como yo.

TER. — Baja, que abren la puerta.

FERN. — El ángel exterminador me arroja del paraíso. (Baja á escena.)

TER. — Vuelve pronto.

FERN. — No he de alejarme mucho de aquí.

TER. — ¡Adiós, Fernando mío!

FERN. — ¡Adiós, mi vida! ¡Echame un beso!

JUAN — ¡Un demonio! (Separando bruscamente á Teresa y cerrando la ventana.)

ESCENA VIII

FERNANDO

¡Já, já, já! ¡Pobre molinero, que furioso se ha puesto! Y qué gracia me hace verle todo el día rabia que te rabia, mientras su sobrina y yo estamos besa que te besa. (Coge la escopeta que al subir á la ventana dejó en el cobertizo y al salir, ve á Fidel que entra. Entonces, procurando recatarse, queda observando al recién llegado.)

ESCENA IX

FERNANDO, FIDEL. Este vestido con casaca, chupa y otras prendas que fueron lujosas y ahora están deterioradas y excesivamente grandes para su cuerpo, con las mangas muy largas, entra por la izquierda.

Musica

FID. (Pavoneándose.)
Cuando me pongo este traje
debo de estar superior...
No hay en Madrid personaje
que se presente mejor.
Un consejero lo usaba,
se lo compré á su mujer,
que á su marido le daba
por empeñar y vender.
Con esta procedencia
es más que natural
que tenga yo presencia
de cosa principal.
Tal vez llegue mañana
á ser un gran señor.
¡No sabes, Robustiana,
á quién le das tu amor!

FERN. (En el cobertizo.)
(¡Qué facha, Dios eterno!

¡No queda más que ver!
¡Si baja así al infierno
se asusta Lucifer!)

FID. Que no hace el hábito al monje
dice un antiguo refrán,
pero que el traje hace al hombre
eso á la vista aquí está.
¡Cuántos ministros han sido,
cuánto eminente gandul,
que si les quitan el traje
queda un pedazo de atún!
Con ropa y sin vergüenza
consigue el más rocín
hacerse una eminencia
y el amo del país.
Con ropa cualquier hombre
parece superior,
y más cuando la lleva
como la llevo yo.

FERN. (En el cobertizo.)
(¡Hermoso y rico traje!...
¡Es lástima, en verdad,
que falte personaje
ó sobre la mitad!
¡Ja, ja, ja, ja!
¡Ja, ja, ja, ja!)

(Fidel, pavoneándose se va por la puerta de la casa. Fernando sale del cobertizo.)

Hablado

(Riéndose.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué adefesio! ¡Qué importancia se da el maldito!... ¡Y que por estos viejos ridículos no pueda yo lograr mi intento!...

FID. (Volviendo á salir de la casa.) (¿Que está mi Casta Diva en el molino?... Pues al molino...)

FERN. (Riéndose de él é interceptándole el paso.) ¡Ja, ja, ja!

FID. (Voy á tener que estrellar á esta criatura.) (Tirando hacia arriba de las mangas, que le tapan las manos.)

FERN. ¡Qué májo está usted, señor Fidel! ¡Dios le dé á su merced salud para rezar por el difunto!

FID. ¿Qué difunto?

FERN. El que le dejó ese traje, con el que parece usted un consejero de Castilla.

FID. Si consejero parezco, oye el consejo que voy á darte, advenedizo del diablo.

FERN. Dígalo usted, maestro de los demonios,

FID. Que á golpes he de sacarte del cuerpo los enemigos que llevas dentro. (Tirando de las mangas.)

FERN. Si ya salieron todos, señor Fidel... Son los que le ayudaron á usted á vestir ese traje.

FID. Juro á Dios que he de arrancarte la lengua por insolente.

FERN. ¡Quiá!... Ya sé yo que usted no puede hacer eso.

FID. Y desollarte vivo si á mano viene. (Levanta las mangas.)

FERN. No vendrá. Su merced tiene la manga muy ancha.

FID. ¡Por el cielo que has de acordarte de mí, galopín, deslenguado, mal nacido!... (Intenta irse y Fernando le intercepta el paso.)

FERN. Me acordaré toda la vida si me guarda usted la tela que le sobre cuando corte la casaca. Con ella he de hacer una saya para que la luzca en la boda la abuela Robustiana... ¡Buena criatura se lleva usted, bribonazo!... (Dándole una palmada en la cara.)

FID. (Conteniendo la ira.) (Si no tuviera la escopeta lo estrangulaba.) (Procurando marcharse.) Deja, déjame libre el paso ó no respondo de mí.

FERN. (Burlándose.) Pase pase vuecelencia, señor superintendente arratonado. Pase el matusalén, novio feliz de la bruja Robustiana.

FID. (Furioso, intenta lanzarse sobre Fernando.) ¡Ira de Dios!

FERN. ¡Ja, ja, ja!... (Vase riendo por la izquierda. Aparece Robustiana en la puerta del molino.)

FID. ¡Anda al infierno, rapaz del diablo, que ya me las pagarás!...

ESCENA X

FIDEL, ROBUSTIANA

ROB. ¡Fidel mío!
FID. ¡Robustiana encantadora, ven á mis brazos!
ROB. Me da vergüenza acercarme á un señor tan principal.
FID. ¿Verdad que me está bien el traje? (Tirando hacia arriba las mangas.)
ROB. Como á un angel.
FID. Ya sé yo que los que dicen otra cosa es porque me tienen envidia.
ROB. ¿Quién te ha dicho?...
FID. Ese mozalvete que del infierno ha venido para mi desesperación.
ROB. Para la desesperación de todos. Nos va á matar á disgustos.
FID. Yo soy quien le va á matar á él de un tiro. Ya lo verás.
ROB. ¡Por Dios!... ¡No te pierdas antes de la boda, Fidel de mi alma!
FID. ¡No temas que abandone el nido, tierna jilguerilla mía!... (La abraza. Sale Teresa con un cántaro de la casa.)
ROB. ¿Me quieres mucho?... ¿Mucho?. (Abrazándole y cogiéndole la mano.)
FID. (Besándole la mano.) Este ardiente beso de amor te contestará por mí...
TER. ¡Buen provecho! (Acercándose.)

ESCENA XI

DICHOS y TERESA

ROB. (Separándose bruscamente de Fidel.) ¡Desvergonzada!... ¡Bribona!... ¿Quién te ha mandado salir de casa?
TER. Iba á la fuente.
FID. A buscar á ese maldito rapaz, es donde iba.
ROB. Yo la ajustaré las cuentas.

TER. ¿La cuenta de los besos que sus mercedes se dieron?

ROB. ¡Insolente! ¡Mal nacida!

FID. ¡Cálmate, corazón mío! Por Dios; no te sofoques, que anda en el pueblo la peste de las viruelas.

ROB. ¡Me está abrasando la sangre esa endemoniada!

TER. Voy por agua á la fuente para que usted se refresque.

ROB. ¡Quítate, quítate de mi vista, desagradecida!

FID. Déjala, que ya la daremos el castigo que se merece. Vamos á ver á tu hermano, que no por esa desdichada hemos de retrasar nuestra felicidad.

ROB. ¡Tienes razón, idolatrado Fidel de mi alma! (Dirigiéndose á la casa.)

TER. ¡Já, já, já, já! (Riéndose.)

ROB. (Deteniéndose.) ¡Haga usted limosnas para que la den este pago! (Entran en la casa.)

ESCENA XII

TERESA y FERNANDO

TER. ¡Tiene razón! (Deja el cántaro en la fuente, y muy triste se sienta en una peña al lado del camino.)

FERN. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Lágrimas en tus ojos? Dime quien te las hace verter, y yo le juro que no volverá á empañar los cristales donde tu Fernando se mira.

TER. No es nada. Una advertencia de mi tía me trajo á la memoria el recuerdo de mi madre, y puede que alguna lágrima se escapase de mis ojos.

FERN. ¡Tu tía! Siempre esos viejos malditos atormentándote; siempre estorbando nuestra dicha. Ni tú puedes ya sufrirlo, ni yo lo he de tolerar. Pensando venía un plan para que esta situación termine, y hoy mismo lo hemos de realizar si tú me ayudas.

TER. ¿Qué intentas?

FERN. Oye, Teresa; en el pueblo acabo de oir que

se ha concluído la guerra con los franceses, y así debe ser porque la gente murmura y maldice á Godoy, que por hacerse príncipe de la paz todo se lo ha perdonado á los gabachos. Si lo que dicen es cierto, mi padre habrá vuelto á Madrid ó llegará muy pronto.

TER. No sigas; sé lo que vas á decirme, y quiero yo adelantarme á tus propósitos. Sí, Fernando mío, vete con tu padre y déjame á mí con el recuerdo de tu amor.

FERN. ¡Dejarte á tí! ¿Cómo has podido suponer semejante locura? De mi casa me escapé para venir á tu lado, ¿y quieres que te abandone? ¡Eso, jamás! Escucha cual es mi plan. Esta misma noche huiremos los dos de aquí. En un buen caballo, que ya en el pueblo tengo dispuesto, hacemos la jornada hasta Madrid en un día, y cuando en presencia del veterano general estemos, á sus piés nos arrojamos, y él nos dará su perdón y la dicha que nuestro amor nos promete.

TER. Delicioso sueño que no podremos ver realizado.

FERN. ¿Por qué?

TER. Es imposible que de noche salga yo de casa sin que mis tíos se aperciban.

FERN. Buscaremos el modo de conseguirlo.

TER. Temo que no lo hemos de encontrar.

ESCENA XIII

DICHOS, JUAN, con una escopeta en la mano, por la puerta de la casa, luego ANTÓN, despues ROBUSTIANA y FIDEL

JUAN (¡Miala, miala como se relame la maldita!) ¡Teresa!

TER. ¡Mi tío! (Separándose asustada de Fernando.)

FERN. Que venga por tí y quito de una vez el estorbo. (Requiriendo la escopeta.)

TER. ¡Fernando, por Dios! (Conteniéndole.)

JUAN (Contemplando el arma que tiene en la mano.) (Si estuviera cargada y tuviese valor para ello, le pegaba un tiro.) (Suena dentro del molino gran

griteria. Antón sale asustado y precipitadamente se dirige á la casa.)

JUAN (Fijando su atención en el molino.) ¿Eh? ¿Qué sucede allá adentro?

ANTÓN ¡Tío Juan! ¡Tío Juan!

TER. ¿Qué será? (A Fernando.)

FERN. Tal vez algo que para nuestro plan sirva. (Salen Robustiana y Fidel de la casa.)

ANTÓN ¡La gente quiere quemar el molino!

JUAN ¡Demonio! (Dando un salto.)

ROB. ¡Avemaría!

FID. Pero, ¿qué ocurre?

ANTÓN Dicen que entre la maquila y la rueda no salen ni dos libras de harina de una fanega de grano.

JUAN Habrás apretado mucho.

ANTÓN Lo que usted me mandó.

ROB. El que no lo quiera así, que no muela.

FID. Eso es.

ANTÓN Pues no es así, que ellos moler quieren, y bien lo sé yo, que moliéronme las costillas. (Sigue la gritería dentro.) Ande usted, tío Juan; ande usted pronto, si quiere remediar cosa peor.

JUAN Acompáñame tú, Robustiana.

ROB. Verás cómo yo lo arreglo. (Disponiéndose á ir al molino.) ¡Hasta muy pronto, dueño mío! (Despidiéndose de Fidel.)

FID. ¡Adiós, mi tesoro! (Se va por la izquierda. Robustiana entra en el molino. Juan es detenido por Antón.)

ANTÓN Si va usté con la escopeta, van á creer los mozos cosa mala de su mercé.

JUAN Tienes razón. (Para lo que sirve.) ¡Y esa maldita, relamiéndose todavía! (Viendo á Teresa con Fernando.) ¡Teresa!

TER. ¡Mande usted! (Separándose de Fernando.)

JUAN Toma esa escopeta, y á casa ahora mismo. (La da la escopeta.) Cuidado con salir, porque si yo te veo... (Arrecia dentro la gritería.)

ANTÓN Mire su mercé que si no va pronto hacen una barbaridad.

JUAN ¡Vamos corriendo! (Entran Juan y Antón en el molino. Cesa la gritería.)

ESCENA XIV

FERNANDO y TERESA

FERN. (¡Oh, qué idea!) (Deja su escopeta en el cobertizo y se acerca á Teresa.) ¡Dame esa escopeta!

TER. ¿Qué vas á hacer? (Dandole la escopeta de Juan.)

FERN. Ya tenemos lo que nos hace falta.

TER. ¿Cómo?

FERN. Tu mismo tío me va á llevar á su casa.

TER. ¡Qué ocurrencia!

FERN. Providencial ha sido. Ya lo verás. Primero sacaremos el plomo. No vaya ese imbécil á hacer alguna barbaridad. (Mete la baqueta en el cañón, y observa que el arma está descargada.) ¡Calle, si está descargada! ¿A ver? (Sopla por el cañón.) No hay duda, sin un grano de pólvora. ¡Valiente susto se va á llevar!

TER. Pero, ¿qué intentas?

FERN. Vas á verlo. La cargo con pólvora sola, y luego la dejas donde á mano la encuentre cuando vuelva.

TER. No te comprendo.

FERN. (Cargando la escopeta con pólvora y tacos, que saca de sus avíos de caza.) Tú no te asustes por nada de lo que aquí ocurra, y prepárate para huir esta misma noche.

TER. Dios quiera que veamos realizadas tus ilusiones.

FERN. Allá veremos. Ahora el cebo. (Levanta la cazoleta, y ceba el arma.) Si el tiro no falla, tenemos asegurada la victoria. (Dando la escopeta á Teresa.) ¡Toma! Déjala junto á la puerta de la casa.

TER. (Cogiendo la escopeta y dejándola donde indica Fernando.) (¿Qué intentará Fernando?) (Se oye murmullo de voces confusas en el molino.)

FERN. (Hoy me las paga todas juntas ese jumento.)

JUAN (Dentro.) ¿Estais contentos?

VOCES (Dentro.) ¡Sí, sí! ¡Esto es otra cosa!

JUAN ¡Pues á la paz de Dios!

TER. (Dirigiéndose á donde está Fernando.) ¡Mi tío y los

mozos vienen! ¡Vete, que no nos vean juntos! (La orquesta comienza á ejecutar el aire del primer coro.)

FERN. No iré muy lejos. Tan pronto como se marchen, volveré á tu lado. ¡Adiós! (Vase izquierda. Teresa se dirige á la fuente para recoger el cántaro, y pensativa se sienta en la roca.)

ESCENA XV

TERESA. ALDEANOS. Después ROBUSTIANA, y luego Juan. Por la puerta del molino entran los aldeanos con sacos de harina, y repitiendo el coro atraviesan la escena y se van por el foro. Entre tanto, y también por la puerta del molino, entra Robustiana, y desde el camino del foro contempla á los aldeanos, que se alejan.

Música

ALDEANOS Y ALDEANAS

Entre la rueda y el molinero,
el grano quédase en la mitad,
porque es sabido que en el molino,
y en todas partes suele pasar,
que habiendo trigo, quien lo maneja
enharinado se quedará.

Hablado

ROB. ¡Todas con su pareja! ¡Qué envidia me daban antes! ¡Y qué alegría me dan ahora que no tengo ya por qué envidiarlas! (Vase foro Robustiana. Teresa se levanta, coge el cántaro que dejó en la fuente y se dirige hacia la casa. Juan sale del molino, y poco después Fernando entra por la izquierda.)

ESCENA XVI

TERESA, JUAN y FERNANDO

JUAN ¿Qué haces ahí? (A Teresa.)

TER. Vine por agua. (Al pie de la fuente.)

JUAN Ya sé yo por lo que tú has venido. ¡A casa, pronto! (Teresa sepárase de la fuente, dirigiéndose á la casa. Fernando aparece por la izquierda, y sin ser

visto por Teresa, se acerca á ella con cautela. Juan lo ve.)

JUAN (Ya está aquí el novio. ¡Maldito rapaz!... ¡Siempre en la fuente y siempre juntos!...) (Fernando abraza á Teresa por la espalda. Teresa, sorprendida, vuelve la cabeza. Fernando éntonces la da un beso. Teresa se asusta y deja caer el cántaro, que se rompe en pedazos. Todo esto ejecutado con rapidez.)

TER. ¡Ay!...

JUAN ¡Es claro; qué había de suceder! (Al ver el cántaro roto.) (Estos condenados van á hacerme coger un tabardillo á fuerza de sofocones.) ¡Terèsa, demonio, venga usted aquí!...

FER. No puede ir, tío Juan, porque yo no la dejo. (Reteniéndola en sus brazos.)

JUAN Ya te la haré soltar, alma del diablo.

FER. Pues tire usted fuerte, porque ella ni á tres tirones se va. (Da un beso á Teresa.)

JUAN ¡Teresa!... ¡Teresa!... (Desesperado.)

TER. ¡Si no puedo! (Procurando separarse. Fernando la retiene y disputa en voz baja con ella.)

JUAN (¡Allí está la escopeta!) (Al coger la escopeta que Teresa dejó á la puerta de la casa debe de ser sustituida el arma por otra que esté cargada y dispare.) (Si estuviese cargada, creo que le pegaba un tiro. A ver si le asusto.) (Apunta con la escopeta á Fernando.) Deja á la chica ó te asesino.

FER. ¡Já, já, já, já! (Riéndose á carcajadas.) ¡Es usted muy cobarde para disparar una escopeta, tío Juan!...

JUAN Si no la sueltas, disparo. (Apuntándole.)

FER. ¿A que no?

TER. ¡Por Dios, Fernando!

FER. ¡No temas!...

JUAN Mira que soy capaz de hacer un disparate.

FER. Ya lo sé. Pero es usted incapaz de apretar el gatillo.

JUAN Mira que lo aprieto. (Apuntándole siempre.)

FER. ¿A que no?

JUAN (¡Vive Dios, que si estuviera cargada hacía así!...) (Aprieta el gatillo y sale el tiro. Fernando cae al suelo. Teresa da un grito. La escopeta se escapa de las manos de Juan, que queda aterrorizado.)

Música

FER. ¡Jesús me ampare! (Cayendo al suelo.)
TER. (Dando un grito agudo.) ¡Ay!
JUAN (Aterrorizado, dejando caer la escopeta.)
¡Dios mío!
TER. ¡Mi Fernando!
(Arrodillándose al lado de Fernando.)
FER. ¡Muerto soy!
JUAN (¡Estaba cargada! ¡Cielos!)
¡Soy un asesino! ¡Horror!)
FERN. ¡Teresa, no me abandones!
Ven. ¡Dame el último adiós!
TER. ¡Fernando! ¡Fernando mío! (Abrazándole.)
FERN. (No te asustes, es ficción. (Bajo á Teresa.)
Pero ayúdame en la farsa.)
Se acabó ya nuestro amor.
¡Dame un beso... y otro... y otro!...
(Se besan.)
JUAN (¡Se está dando un atracón
con las ansias de la muerte!
¡Pobrecito! ¡Qué dolor!)
FERN. ¡No te apartes de mi lado!
¡No me dejes, por favor!
Espirar quiero en tus brazos
de tus besos al calor.
TER. Si te mueres, vida mía,
yo también me moriré.
A la tumba, yo te juro,
que contigo bajaré.
JUAN (Cómo ha sido la desgracia
yo no acierto á comprender,
pero soy un asesino
y mi crimen pagaré.)
FERN. Ya rápido siento
que llega mi fin.
La vida me falta,
me voy á morir.
En este supremo,
momento fatal,
perdono al que muerte
traidora me da.
Que venga á mi lado,

que venga el tío Juan,
que venga, que venga,
que voy á espirar.

JUAN (Arrodillándose al lado de Fernando.)
Dios sabe, hijo mío,
que fué sin querer.
Yo soy inocente,
yo nunca pensé
que estaba cargada,
por eso apreté.
Si el tiro ha salido
no sé como fué;
yo en broma apretaba,
yo en broma apunté;
¡perdón, hijo mío,
que fué sin querer!

FERN. Por eso voy á morirme,
por eso usté es criminal,
por eso yo le perdono.
¡Adiós, por siempre, tío Juan!
¡Abrázame, vida mía, (A Teresa.)
ayúdame á bien morir!
¡Un beso por despedida,
que ya se acerca mi fin! (Se besan.)

TER. ¡Fernando, no me abandones!
(¡Cien besos dame de amor!)

JUAN (¡El pobre está agonizando!
¡Que muera á satisfacción!)

FERN. (Imitando cómicamente á un moribundo y besando á Teresa.)
¡Adiós, mi Teresa!
¡Adiós, dulce amor!
¡Adiós, asesino! (A Juan.)
¡Te doy mi perdón!
¡Adiós, mi esperanza!
¡Adiós, ilusión!
¡Adiós, mundo amargo!
¡Adiós... adiós... adiós!...

(Finge quedar sin conocimiento. Teresa abrazada á él hace como que llora. El tío Juan se levanta y se separa del grupo unos pasos.)

Hablado

JUAN (¡Dios mío! ¿Si se habrá muerto?) (Gimoteando. A Teresa.) Llevémosle á casa y ten cuidado que nadie se entere de lo que ha sucedido.

TER. Nadie se enterará. (Se dirigen á Fernando y Juan le levanta cogiéndole por los hombros.)

FERN. Los besos de mi Teresa son el único bálsamo que me puede curar.

JUAN Barato es y en casa lo tenemos. Yo cuidaré que no te falte, hijo mío.

TER. (No puedo contener la risa.)

FERN. ¡Dios se lo pague, tío Juan! (Entran con él en la casa.)

ESCENA XVII

ROBUSTIANA. Luego JUAN.

ROB. (Entrando por el foro cómicamente triste.) ¡Abandonada la escuela! ¡Abandonadas las criaturas, y mi Fidel no parece!

JUAN (Que no ha recobrado la tranquilidad, sale de la casa y ve á Robustiana.) ¡Ay, hermana mía, qué desgracia tan grande nos ha caído!

ROB. ¿Una desgracia? ¿Qué sucede? ¡Habla pronto!

JUAN Allí, allí dentro está agonizando el rapaz.

ROB. ¿Qué rapaz?

JUAN El cazador desconocido, el forastero.

ROB. ¿El que cortejaba á Teresa?

JUAN (Temblando.) El mismo... En casa está muriendo de un tirooo...

ROB. ¿De un tirón?

JUAN De un tiro de bala ó de perdigones.

ROB. ¡Dios mío de mi alma! ¡Fidel! ¡Fidel ha sido!

JUAN ¿Fidel? ¿Estás segura que fué?

ROB. Se las tenía juradas. El rapaz le hacía burlas y Fidel me dijo que le iba á pegar un tiro... y ya se lo pegó. ¡La Virgen nos ampare! ¡Qué desgraciada he nacido! La justicia prenderá á mi Fidel, le llevarán á la

cárcel y ya no podremos casarnos! Voy, voy corriendo á buscarle. (Vase foro.)

JUAN ¡Fidel! ¡Si fuera verdad! ¡Imposible! Aquí no había nadie más que yo... Y el gatillo lo apreté yo... y el tiro lo disparé yo... (Se oye un tambor dentro tocando marcha. Juan lo escucha aterrorizado y retrocede hasta quedar delante del cobertizo.) ¡Jesucristo me ampare! ¡Tropa! ¡Eso es tropa! ¡Vienen hacia aquí! ¡Estoy perdido! Alguno que me vió disparar se lo ha dicho á la justicia y viene á prenderme... ¡Ay, ay! Yo me pongo muy malo. Yo me muero antes de que me ahorquen. ¡Pobre de mí! (Se deja caer sobre uno de los escaños del cobertizo. Por el camino, y precedidos de muchachos del pueblo, entra una sección de soldados á cuyo frente va un sargento y un tambor. Detrás de ellos entran Aldeanos y Aldeanas.)

ESCENA XVIII

JUAN en el cobertizo, el SARGENTO ZARZAL, SOLDADOS, ALDEANOS y ALDEANAS

Música

ALDEANOS / ALDEANAS
¿Por qué vendrán los soldados?
¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?
Yo nunca he visto la tropa.
¿Por qué vendrán al molino?
Sin duda ocurre en la aldea
alguna cosa importante.
Si es buena, venga en buen hora,
si es mala, Dios nos ampare.

SAR. (Hablado con la orquesta.)
¡Alto... ar! ¡Cabo García!

CABO ¡Presente! (Saliendo de las filas.)

SAR. Usted y Fernández
que conocen bien al chico,
van á registrar cuanto antes
el molino, y á esa gente
mirarla bien, que el tunante

sabe mucho, y de las manos
es muy capaz de escaparse.

CABO — Descuide usted.

(El Cabo y el soldado Fernández se dirigen al molino y van observando á los Aldeanos, que, al verse reconocer, se amedrentan y se quitan el sombrero.)

SAR. — (A los soldados.) ¡Rompan filas!
Y tú, tambor, no te marches
por si hay que tocar llamada
ú otra cosa que yo mande.

(Los soldados se mezclan con los aldeanos.)

(Yo registraré la casa,
pero es necesario que antes
me entere de los informes
que aquí me ha escrito el alcalde.)

(Se retira al foro. Saca un papel, se sienta al pié del camino y lee.)

SOLDS. — (Cantando.)
Aunque somos gente de guerra,
con vosotros somos de paz.

ALDEANOS / ALDEANAS — Como nada malo hemos hecho
no tenemos por qué temblar.

SOLDS. — Al molino vente conmigo.

(A las Aldeanas.)

ALDEANAS — No tenemos ya que moler.

SOLDS. — No te importe, yo tengo trigo.

ALDEANAS — Pa simiente lo guarda usté.

TODOS — El que viene al molino
es natural,
que metido en harina
puede quedar.

ALDÉANAS — Cuando el trigo he molido
no quiero más,
no me gusta la harina
de otro costal.

SOLDS. / ALDEANOS — Si te ofrecen más trigo
lo has de aceptar,
que es sabrosa la harina
de otro costal.

ALDEANAS — A mi casa me vuelvo,
déjeme ya,
que metida en harina
no he de quedar.

SOLDS. } ALDEANOS } Si á tu casa te vuelves
vamos allá,
que metido en harina
quiero quedar.
(Se van los soldados y aldeanos.)

ESCENA XIX

JUAN en el cobertizo. El SARGENTO ZARZAL y el TAMBOR en su sitio. Después FERNANDO, que se asoma á la ventana de la casa

SAR. (Levantándose y guardándose el papel.) Bueno está. Entre los palitroques del alcalde y lo poco que yo sé de letra, aviados estamos.

FERN. (¡El sargento Zarzal! El hombre de confianza de mi padre. No hay duda, viene á buscarme. Es necesario saber las órdenes que trae.) (Se retira de la ventana.)

SAR. (Acercándose á la casa.) A Dios gracias, ya sé lo que necesito. Aquí vive el molinero; antes de hablar con él bueno será que yo me entere de las salidas que tiene la casa.) (Reconociendo la casa llega al cobertizo. Ve al tío Juan y le toca en el hombro.) ¡Eh, buen hombre!

JUAN (Sobresaltado se levanta, y al ver al Sargento, cae á sus piés y con acento suplicante.) (¡Estoy perdido!) ¡Soy inocente, señor capitán!..! ¡Soy inocente!

SARG. Sí lo serás; pero, ¡vive Dios! que el mosto te ha cogido á traición.

JUAN ¡Traidor, no!... ¡Traidor, no, señor coronel!... Os juro que yo no la cargué.

SARG. Sí, ya veo que la descargaste...

JUAN No hice más que apretar.

SARG. Y con gana. Como aprietan los valientes. Venga esa mano...

JUAN (Se levanta.) (¡Cómo se burla de la desgracia!)

SARG. Oye: ¿conoces tú al tío Juan, el molinero?...

JUAN ¡Ojalá no lo conociera!

SARG. ¿Es un mal hombre, eh?

JUAN No lo crea su mercé, señor general. Todo el pueblo sabe que soy un infeliz.

SARG. ¿Conque eres tú?

JUAN El mismo, señor general.

SARG. ¡Qué general, ni qué fogonazos!... ¡Soy el sargento Zarzal!

JUAN (¡Ahora me fusila!)

SARG. Serénate y procura que el vino te deje llegar al meollo de la cabeza lo que voy á decirte. (Se sientan.)

JUAN (¡Dios mío! ¿Si será la sentencia?) (Fernando aparece en la ventana, que da al cobertizo.)

FERN. (¿Si será lo que yo necesito saber?...)

SARG. Tú tienes en tu casa una mozuela, hija de un diamantista que murió en Madrid.

JUAN Sí, señor. Mi sobrina Teresa.

SARG. Ella le sorbió el sentido al hijo del general don José Mansilla, mi amo y señor, á ese rapaz de la piel del diablo, que apenas tiene diez y ocho años, y ya le dió diez y ocho mil disgustos al pobre viejo. Quince días hace que á la corte llegamos. Mi general, con el ansia venía de abrazar á su hijo, única cosa de cariño que en el mundo le queda, y... ¡vive Dios! que la cabeza pierdo al acordarme de las lágrimas que derramaba el veterano más valiente del ejército español. El chicuelo habíase escapado de casa, y por ninguna parte pareció, hasta que buscando y más buscando llegose á sospechar si tras de la mozuela que cortejaba vendría. El general, que sabe los puntos que yo calzo, me dijo: Sargento Zarzal, dentro de ocho días quiero que esté mi Fernando en casa. Yo le perdono. Tráigamelo con la muchacha, y ellos serán mi consuelo...

FERN. (¡Mañana estaremos en tus brazos, padre mío!)

SARG. Y dicho y hecho, escogí doce hombres de mi compañía para que me ayudasen en la faena, y aquí estoy yo para llevarme á ese muñeco, y aquí estás tú para darme á la muchacha.

JUAN (¡Virgen del Carmen!... ¡Hijo de un general!...) (Rezando.) ¡Creo en Dios padre, todo poderoso!...

SARG. ¿Qué estás haciendo?...

JUAN Rezando por el alma del que van á ajusticiar.

FERN. (¡Voy á darle el último susto!) (Se retira.)
SARG. ¡Buena la pescaste, amigo!
JUAN (¡En cuanto se entere, me fusila!)
SARG. Conque, paisano, venga esa moza, que el pájaro acudirá al reclamo, y lo cogeremos en seguida.
JUAN ¿La moza? Sí..., vendrá...; vendrá Teresa...; pero el pájaro... ¡Ay, señor sargento! ¡Al pájaro me parece que ya no le verá usted!
SARG. ¿Qué estás diciendo? Tú sabes algo. ¡Habla!
JUAN ¡Soy inocente, señor militar, soy inocente!
SARG. ¡Vive Dios, que á palos he de quitarte la borrachera! (Zarandeándole.) ¡Habla!... ¡Dí lo que sepas!
JUAN (Llegó mi hora.)

ESCENA XX

DICHOS. TERESA sale de la casa llorando á gritos.

SARG. ¿Eh? ¿Quién llora de ese modo? (Se dirige á Teresa.)
JUAN (¡Dios mío de mi alma!)
TER. ¡Ay, señor militar! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto! (Llorando.)
SARG. ¿Quién?
TER. ¡El amor de mi alma! ¡Mi Fernando de mi vida! ¡El hijo del general! (El Sargento, asombrado, retrocede un paso. Juan, aterrado, se cubre la cara con las manos.)
SARG. ¿Cómo? } (A un tiempo.)
JUAN ¡Jesús! }
TER. ¡Asesinado! De un tiro en el corazón.
SARG. ¡Ira del cielo! ¿Quién ha sido el asesino? ¿Quien ha sido?
JUAN (¡Ah! (Ocurriéndosele una idea.) ¡Mi hermana me ha salvado!)
TER. ¡Mi tío! (Señalando á Juan.)
JUAN ¡El maestro de escuela! (Casi á un tiempo. El sargento, con desesperación, lanzándose á Juan y cogiéndole por el cuello.)
SARG. ¡Miserable! ¿Qué has hecho? ¿Cómo me presento al general con el cadáver de su hijo!...

Pero, sí...; me presentaré con él y con el tuyo. ¡Tambor! ¡Generala, generala ahora mismo!

JUAN (¡Ave María Purísima!) (El tambor, tocando generala, se va por la izquierda.)

Música

JUAN (Suplicante.)
Soy inocente,
señor general;
ha sido el maestro,
lo puedo probar;
mi hermana es testigo,
y no mentirá.

SARG. (Paseando con agitación y sin hacerle caso.)
(Yo voy á hacer una
que sea ejemplar.
No dejo uno vivo.
Yo he de fusilar
los grandes y chicos
de todo el lugar.)

TER. (La broma es pesada,
no puede ser más,
y el susto que llevan
es fenomenal...
¡Qué caras han puesto,
qué risa me da!)

ESCENA XXI

DICHOS y por el foro precipitadamente SOLDADOS, ALDEANOS y ALDEANAS

CORO ¿Qué será lo que ha ocurrido?
Algo grave sucedió
Cuando haciendo va tal ruido
el redoble del tambor.

SOLDADOS El Sargento está irritado.

ALDEANOS El tío Juan está asustado;
yo no acierto á comprender
lo que puede haber pasado,
que muy grave debe ser.

SARG. ¡Pronto, á las armas!
¡Pronto, á formar!
(A los Soldados. Cogen los fusiles y forman á la izquierda. Los Aldeanos, en grupos, á la derecha. Los Soldados, Aldeanos, Teresa y Juan dicen á un tiempo unos á otros.)
SOLDADOS ¿Qué ha sucedido?
ALDEANOS ¿Qué pasará?
TER. (¡Este hace alguna
barbaridad!)
JUAN (Ya por mi vida
no doy un real.)
SARG. (Cogiendo á Juan.)
¡Ven, miserable asesino,
ven con tu vida á pagar
la muerte que diste al hijo
de mi amo el general!
CORO ¡Asesino el molinero!
¡Quién lo había de pensar!
(Aparecen en el camino Robustiana y Fidel.)

ESCENA XXII

DICHOS ROBUSTIANA y FIDEL

JUAN ¡Yo, señor, soy inocente! (Viéndolos. Al Sargento.)
¡Aqui está quién le mató!
(Señalando á Fidel que ha llegado.)
TODOS ¡El maestro!...
SARG. (A los soldados.) ¡A ver, prenderle!...
CABO ¡Daos preso!... (A Fidel.)
FID. ¿Preso yo?...
¿Y por qué?...
SARG. ¡Por asesino!...
ROB. El no ha sido. ¡No señor!...
JUAN Tú lo has dicho...
ROB. ¡Eso es mentira!...
JUAN ¡Parricida!
ROB. ¡Trapalón!...
FID. Yo probaré mi inocencia.
SARG. Basta, fusilo á los dos,
y el que resulte inocente
que acuda en apelación
por conducto de sus jefes
al tribunal superior...

ESCENA FINAL

DICHOS, FERNANDO en la puerta de la casa

FERN. Yo dictaré la sentencia.
TODOS ¡Fernando!...
JUAN (Asombrado.) ¡Bendito Dios!...
ROB. } ¿No has muerto?
FID. }
SARG. ¿No estás herido?
FERN. Eso sí; en el corazón...
Una herida muy profunda
tenemos Teresa y yo,
y en Madrid mi padre tiene
el bálsamo salvador.
Con Teresa, por la vida,
me voy á la corte yo,
y al tío Juan, el asesino
que aquí contra mí atentó,
le condeno á que me otorgue
la mano que me salvó.

—

CORO A la corte con Teresa
marcharse quiere el bribón...
JUAN (A Robustiana y Fidel.)
Es el hijo, nada menos,
de un ilustre general.
Lo que pide bien podemos
entregarle, sin dudar.
ROB. ¡Otorgado! (A Fernando.)
JUAN (Lo mismo.) ¡Concedido!
FERN. Ya la herida se cerró.
SARG. (Siempre fué la piel del diablo;
que se enmiende quiera Dios.)
FERN. Los dos tíos á la corte
nos deben acompañar.
ROB. Somos tres. (Por Fidel.)
FERN. ¡Pues los tres tíos!
ROB. Lo que vamos á brillar. (A Fidel.)
FERN. En el pueblo, los caballos

esperándonos están.
¡A marchar pronto, sargento!

SARG. ¡Bate marcha! ¡Firmes! ¡Ar!
(Al tambor que ha entrado anteriormente. Bate marcha.)

TODOS JUNTOS

FERN. Y TER.
A Madrid con mi { Teresa. / Fernando.
¡La dicha que yo soñé!
Y en tus brazos para siempre
feliz con tu amor seré.

SARG. (Siempre fué la piel del diablo;
Dios quiera que de una vez
siente el chico la cabeza
y más no me dé que hacer.)

JUAN, FID. Y ROB.
En Madrid los casaremos,
y así libre me veré
de los sustos y tormentos
que hiciéronme padecer.

CORO Que era el mozo un personaje
yo nunca me figuré.
Por Teresa vino al pueblo,
y el mozo logró vencer.

TELON

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carr[illegible] tas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, [illegible] de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. M[illegible] rillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de E[illegible] parteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de l[illegible] *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. E[illegible] cribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares direc[illegible] mente á esta casa editorial acompañando su importe en sell[illegible] de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no ser[illegible] servidos.